



LA CONJURA DE NOVIEMBRE

Sergio Mayo

LA CONJURA DE NOVIEMBRE



Primera edición: junio 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Sergio Mayo

ISBN: 978-84-19899-08-8

ISBN digital: 978-84-19899-09-5

Depósito legal: M-20805-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Garrison, Bradlee y todos los James Debbler de nuestra historia

En una época de engaño universal
decir la verdad es un acto revolucionario.
GEORGE ORWELL

La verdad se corrompe tanto con la mentira
como con el silencio.
CICERÓN

I

Al contrario que la mayoría de sus compañeros de departamento, James Debbler era consciente de sus contradicciones, y en una ciudad como Los Ángeles aquello no dejaba de ser una virtud. Que un exmiembro de la brigada de Antivicio pasara al menos tres noches por semana yaciendo en algún prostíbulo de la ciudad tenía su punto irónico, pensaba mientras se ajustaba el cinturón de cuero alrededor del pantalón cámel. Todo el mundo tenía sus debilidades y, sin duda, las había mucho peores.

Con el cigarrillo sin encender colgando del labio inferior y el torso aún desnudo, James se volvió hacia la cama donde descansaba la mujer que, minutos antes, lo había llevado a la extenuación. El pelo rubio le caía con gracia sobre las hermosas líneas de la espalda y los muslos se destacaban bajo las sábanas blancas que la cubrían. Por algo era la prostituta más demandada del Paradise Club, pensó James mientras terminaba de vestirse y dejaba el dinero sobre la mesilla. Rubia, guapa, ardiente. Al contrario que en otras ocasiones, hoy se sentía plenamente complacido.

Salió de la habitación y descendió por la escalera exterior a la quietud del aparcamiento débilmente iluminado. Sus pasos resonaban con eco metálico a cada escalón. El rocío había comenzado a formarse ya sobre los coches aparcados en el recinto. James pasó la mano por la capota negra de su Buick Skylark convertible, sintiendo el frescor en la palma. Debían ser cerca de las cuatro de la mañana.

Las luces de las farolas iluminaban a intervalos regulares su rostro flaco sin afeitar, proyectándole la sombra del ala del sombrero

sobre la frente. Hacía ya cuatro años que había sido trasladado de Antivicio a Homicidios como refuerzo, y allí se había asentado. Intuitivo, serio, discreto, con olfato para rastrear pistas de todo tipo, sus superiores alababan su trabajo hasta la fecha. La parte más curiosa y obsesiva de su personalidad disfrutaba resolviendo casos; las escenas macabras grabadas a fuego en su mente las combatía entre las piernas de una mujer.

Mientras enfilaba el recién inaugurado puente de Vincent Thomas, James sintonizó su emisora favorita y encendió el cigarro que asomaba entre sus labios. Apenas solía fumar, pero esa noche de noviembre el reciente recuerdo de aquella mujer y los aullidos de Howlin Wolf en la radio lo inspiraban a exhalar algunas bocanadas de humo, emulando a los detectives de los años cuarenta que él tanto había admirado de niño. Recios, carismáticos, siempre con la respuesta adecuada en la boca. Como solía pasar, poco reflejaba el celuloide de la profunda repulsa que sentían al observar un cadáver violado o apuñalado. De sus demonios internos, sus contradicciones, sus obsesiones o sus fracasos vitales. De la enorme distancia entre la realidad y los ideales a los que uno siempre había aspirado.

El crepitar de la emisora policial lo sacó de su ensimismamiento. James chasqueó la lengua. Toda buena noche podía torcerse en un instante.

El aviso de la Central informaba de un asesinato en una armería cercana a los muelles al sur de San Pedro. Cuando James aparcó el coche junto a la tienda, el agente de patrulla que había alertado del suceso se encontraba de pie frente al polvoriento escaparate con letras doradas, cuyo exiguo muestrario de cartuchos, revólveres y rifles semiautomáticos se hallaba débilmente iluminado por la luz del interior.

—Buenas noches —saludó mientras bajaba del vehículo cerrando la puerta tras él—. Detective James Debbler, de Homicidios.

—Agente Parret. Escuché los disparos hará unos veinte minutos, mientras patrullaba por los muelles. Cuando llegué, ya habían

huido. He lanzado un aviso a las unidades cercanas para que rastreen la zona. El cadáver está dentro, no he tocado nada.

James entró en la armería, tenuemente iluminada por la bombilla desnuda que colgaba del techo. El cuerpo se encontraba tras el mostrador, recostado contra la pared, con la cabeza colgando inerte bajo una gran mancha de sangre. Las facciones de su rostro habían quedado completamente desdibujadas por el disparo. Se trataba de un hombre corpulento, de pelo escaso, vestido con un pantalón gris y una camiseta blanca. James se asomó tras la vitrina de cristal destrozada que conformaba la parte izquierda del mostrador. Sobre el suelo cubierto de cristales, junto a la mano derecha de la víctima, descansaba un Smith & Wesson de calibre 38. La pared se hallaba salpicada de sangre, sesos y marcas de metralla. A aquel hombre le habían volado la cabeza desde la entrada de la tienda con una escopeta, concluyó Debblor, pero este no había sido el único disparo que se había producido en el establecimiento. La vitrina destrozada implicaba al menos un disparo más por parte del asesino —o asesinos— y los dos agujeros de bala en el marco de la puerta evidenciaban que el hombre había abierto fuego a su vez sobre los atacantes. Los armarios y vitrinas que descansaban en los laterales de la tienda se hallaban intactos y la caja registradora del mostrador no daba muestras de haber sido forzada. Desde la puerta, el agente Parret puso voz a sus pensamientos.

—No parece tratarse de un atraco.

En efecto. James no tenía por costumbre aventurar el móvil de un crimen tras un simple análisis preliminar, pero aquel agente estaba en lo cierto. El robo, al menos de dinero o armas, parecía completamente descartado. Su intuición lo llevaba a apostar por algún tipo de ajuste de cuentas.

A la derecha del mostrador, había una puerta entreabierta. James empujó la hoja con la punta del zapato para terminar de abrirla y accedió al interior. Se trataba de una habitación que hacía las veces de almacén, taller y despacho. En el lado derecho de la misma, se apilaban cajas de madera, algunas de ellas sin tapa, de las que

asomaban armas de todo tipo entre rellenos almohadillados. A la izquierda, se alzaba una gran mesa sobre la que descansaban cañones, percutores, miras telescópicas y demás fragmentos de armas, junto a un pequeño estuche abierto con destornilladores, remaches y diminutos tornillos. En la esquina derecha de la mesa, reposaban un teléfono, dos cuadernos y un libro abierto de gran tamaño que parecía servir para registrar la contabilidad del negocio. No había ninguna señal que hiciese pensar que los atacantes habían accedido a aquella parte de la tienda.

James escuchó ruido de motores y frenos en el exterior y salió del almacén. A través del cristal del escaparate, pudo distinguir como dos coches aparcaban junto al suyo. Las luces de uno de ellos lo cegaron durante un instante y desvió la vista a una de las vitrinas de la pared derecha del establecimiento. En uno de los estantes, descansaba un lustroso Colt Python.

—¿James?

Debbler miró hacia la puerta. Un hombre de pelo cano y mirada cansada acababa de entrar en la tienda.

—Hola, Archie. Tengo que comprarme uno de estos —dijo depositando de nuevo sus ojos sobre el cristal de la vitrina.

—A él trabajar rodeado de armas no le ha servido de mucho —dijo señalando con la cabeza al hueco tras el mostrador.

James esbozó una sonrisa.

—Todo vuestro, Archie. Me voy a casa. Necesitaremos las huellas del libro y los cuadernos que hay en el interior del almacén. También de la caja, por si acaso, aunque parece que no la han tocado.

—Por supuesto. Descansa.

James salió a la calle. Dos agentes de uniforme se encontraban acordonando el perímetro de la tienda. Archie y sus chicos de la Científica se encargarían de inspeccionar el lugar en busca de huellas y otras posibles pistas. En breve, llegaría el médico forense para levantar el cadáver y llevárselo al depósito. Trataría de dormir un par de horas y después se iría a la Central a redactar el informe. Ya no había mucho más que pudiese hacer allí.

Mientras conducía de camino a casa, esta vez con la radio en silencio, comenzó a divagar acerca de las circunstancias que rodeaban aquel homicidio. Estaba cansado físicamente, pero aún podía pensar con claridad. El frío previo al amanecer se colaba a través de la ventana del coche, despejándole la mente. ¿Qué hacía aquel hombre en su tienda a esas horas? ¿Acostumbraba a trabajar de noche o habría ido a buscar algo? ¿Se había citado con alguien, tal vez con sus propios atacantes? Si el móvil del crimen había sido únicamente el asesinato, ¿por qué no habían fingido un atraco para enmascararlo? ¿Querían los asesinos enviar un mensaje?

El azar había querido que fuese el primer detective de Homicidios en contestar al aviso y llegar a la escena del crimen, por lo que, con toda probabilidad, le sería asignado el caso. Cuando amaneciese, iría a la oficina a redactar el informe y a esperar los resultados de la Científica y de Balística para comenzar la investigación. Mientras el cielo comenzaba a clarear por el este, James entornó los ojos y deseó haberse quedado descansando media hora más en la cama del Paradise Club.

II

El nombre de la víctima era Rupert Brian Dickinson, propietario y único empleado de la armería Dickinson, situada al norte de Beacon Street. El análisis de la Científica había revelado que todas las huellas dactilares encontradas en la tienda —sobre el mostrador, la caja registradora, el teléfono, los cuadernos de la mesa del almacén y, por supuesto, en el revólver hallado junto al cuerpo— pertenecían a Rupert Dickinson. Seguramente, pensó James mientras dejaba la taza de café sobre el escritorio, los atacantes no llegaron ni a poner un pie en el interior de la armería. Se limitaron a descerrajarle dos tiros desde la puerta para después salir huyendo.

Los resultados habían llegado a la oficina hacía una media hora, junto con todos los objetos analizados. Aprovechando la autoridad para incautar cualquier material de la escena del crimen como prueba para la investigación, y con la excusa del riesgo de que pudiesen ser sustraídas con facilidad de un local vacío, todas las armas de la trastienda habían sido enviadas a la Central por orden del Departamento, junto con los cuadernos y el libro de contabilidad hallados en la armería. James sabía que no sacaría nada en limpio de las mismas y que, con toda seguridad, en pocas semanas aquellas armas pasarían a engrosar el arsenal de la Policía de los Ángeles. Ese era el verdadero motivo por el que las habían traído allí.

James se encontraba sentado en su escritorio, dando largos sorbos de su taza de café mientras analizaba el contenido del libro de contabilidad y los cuadernos que había encontrado la noche anterior en la mesa de la trastienda. Uno de ellos contenía un re-

gistro de los pedidos realizados a la armería en los últimos dos meses. El otro constituía un listado de pagos, acompañados de las correspondientes cantidades de armas y municiones. Ninguno de aquellos pagos figuraba en el libro de contabilidad. James había intuido que aquellos cuadernos eran los únicos objetos de la tienda que podían conducirle a alguna pista sobre la que comenzar a trabajar, y no se había equivocado. Si Dickinson llevaba una segunda contabilidad al margen de las cuentas oficiales del negocio, era porque sin duda tenía algo que ocultar. Quizá estuviese implicado en la venta o compra ilícita de armas, o en algún otro tipo de negocio ilegal. Junto a cada cantidad apuntada en el cuaderno, había escritas dos o tres iniciales. James comprobó si coincidían con las de alguno de los nombres que aparecían en el cuaderno de pedidos, pero no pudo encontrar ni una sola equivalencia.

Sintió un rumor de sillas deslizarse sobre el suelo, seguido de un murmullo creciente de voces y pasos. El sargento Taylor pasó a su lado y le tocó el hombro.

—Vamos, James. El jefe va a dar la homilía.

Debbler alzó la vista. Los hombres a su alrededor se congregaban entorno a la mesa donde aguardaba, de pie y con expresión adusta, el capitán Richard Miller para la lectura del sumario de las investigaciones en curso.

—¡Un poco de silencio, por favor! Buenos días. Estos son los casos abiertos desde la última reunión. En primer lugar, un atraco a una mansión en Hollywood Dell. Se calcula que los atracadores han sustraído efectos por valor de unos treinta mil dólares. Consiguieron burlar todos los sistemas de seguridad, así que creemos que se trata de profesionales. La residencia pertenece al productor de cine Harvey Weber. El sargento Rush está a cargo de la investigación, con tres detectives de Robos a su cargo. Seguimos con Narcóticos: el viernes por la noche se produjo un tiroteo en el exterior del club Dongguán de Chinatown por un asunto de drogas. La mayoría consiguió huir, pero tenemos a un par de detenidos que llevan cincuenta y dos horas en el calabozo y están a punto de ca-

ramelo. La prioridad es que canten el lugar de recepción de un alijo que, presumiblemente, llegaría a la ciudad a finales de esta semana, pero no estamos seguros de que dispongan de dicha información. Los detectives Thompson y Lee se encargan del caso. Cualquier soplo o pista que os llegue, hacérselo saber de inmediato. Y, por último, dos homicidios. El primero de ellos, un doble apuñalamiento en Echo Park. El detective Graham está interrogando a los testigos para tratar de identificar al atacante. El segundo es de hace apenas ocho horas. Asesinato con arma de fuego en una armería al sur de San Pedro. Los atacantes no se llevaron nada, así que el atraco queda descartado como móvil. Estamos a la espera de los resultados de Balística. El detective Debbler está llevando el caso. Bien, eso es todo. Hagamos nuestro trabajo.

James se disponía a volver a su escritorio cuando escuchó la voz del capitán Miller a su espalda.

—¿Cómo lo lleva, James? ¿Necesita que le asigne a alguien para que lo ayude con el caso?

Pese a no repudiar la compañía de la mayoría de sus compañeros de Departamento, James solía preferir el trabajo en solitario. Entre otras cosas, le evitaba tener que inventar excusas para sus caprichosas y socorridas escapadas a los prostíbulos de las afueras de la ciudad.

—Muchas gracias, capitán, no es necesario. De momento, puedo con ello.

—Como quiera, hijo.

James sabía que el interés del capitán no respondía a ninguna predilección o aprecio particular, sino sencillamente a que su investigación había sido la última incorporación al sumario. En otras palabras, se interesaba por el caso, no por él. James se dejó caer sobre su silla mientras reprimía un bostezo. Tres horas de sueño no bastaban para reparar una noche de sexo culminada con un nuevo caso de asesinato. Abrió el cuaderno de pedidos y se dispuso a iniciar su investigación por los clientes más recientes. El último registro anotado correspondía a una Colt M1911 a nombre de un

tal Willard Brooks. Junto al nombre había apuntado un número de teléfono y la frase: «Recoger en tienda». James cogió el teléfono y marcó el número. Tuvo que esperar apenas dos pitidos antes de escuchar una voz ronca al otro lado del aparato.

El señor Brooks resultó ser un vigilante de seguridad que había decidido renovar su arma aprovechando el comienzo de su nuevo trabajo para la Rohr Employees Federal Credit Union. James había preferido no concretar el motivo de la llamada en un primer momento para no poner sobre aviso a su interlocutor o asustarlo más de la cuenta, limitándose a identificarse como detective de Los Ángeles y a preguntar por la compra del arma bajo el pretexto impreciso de «una investigación policial». Comenzar un interrogatorio presentándose como investigador de un asesinato era un golpe de efecto que podía resultar interesante a la hora de observar la primera reacción del interrogado en la expresión de su rostro, pero carecía de ninguna utilidad al teléfono. Cuando, antes de despedirse, Debbler le reveló que Rupert Dickinson había sido asesinado, Willard Brooks confesó sentirse profundamente impactado.

Con el segundo nombre de la lista no tuvo tanta suerte. James trató de contactar dos veces con Andrew Johnson, el cual, según el cuaderno, había encargado una Smith & Wesson hacía cuatro días, pero no hubo respuesta.

James soltó otro bostezo y miró el listado del cuaderno. Quizá era hora de irse a casa a descansar de verdad, tomarse el resto del día libre y continuar con las llamadas al día siguiente. Para entonces, con un poco de suerte, podría contar ya con los resultados de Balística. Desprezándose, James se levantó de la silla, cogió su chaqueta del respaldo y se dispuso a abandonar el bullicioso ajetreo de la Central.

Las llaves tintinearón al caer sobre la bandeja de latón del mueble de la entrada. Derrotado, James se descalzó y se dejó caer en el sofá. Ni siquiera se había molestado en encender la luz del apartamento. Dormiría hasta bien entrada la tarde, comería algo mientras

veía la televisión y después se metería en la cama. En ese momento, no podía imaginar un plan mejor.

Apenas unos segundos después de haber cerrado los ojos, el sonido del teléfono lo sobresaltó. Maldiciendo, alargó el brazo sin apenas incorporarse y descolgó el auricular.

—¿James?

James soltó un suspiro de contrariedad.

—Hola, Dean... ¿Qué diablos quieres?

—¡Vaya! No tenía ninguna esperanza de encontrarte en casa a estas horas, pero sé que prefieres que no te llame a la oficina, así que he probado suerte y... En fin, ¿recuerdas el caso del que te hablé, el de la desaparición de aquel hombre de Westlake? Al principio, creí que el tío se la pegaba a su mujer y que simplemente había huido con su amante, pero he estado investigando, haciendo preguntas entre sus allegados, y es posible que tuviese problemas de deudas, incluso que estuviese metido en algo ilegal... En fin, me gustaría indagar más en su pasado, en sus antecedentes... Si pudieses tener acceso a su expediente policial...

Dean Sinclair era un buscavidas que, desde hacía tres años, intentaba subsistir al oeste de la ciudad como investigador privado experto en desapariciones. Cuando no se encontraba demasiado enfrascado en algún caso, James solía ayudarlo con sus investigaciones, facilitándole información de los archivos de la Policía de los Ángeles sobre sus desaparecidos y sus clientes.

—Dean, ha sido una noche muy larga. Acabo de tumbarme en el sofá y estaba a punto de quedarme dormido. ¿Podemos hablar mañana?

—Joder, James. ¡Tú y tus noches de gloria! ¿Al menos ha sido sin pagar esta vez?

—Hasta mañana, Dean. Que tengas buena tarde.

James colgó el auricular y se incorporó para desconectar el teléfono de la línea. A pesar de ser lo más parecido a un amigo que tenía en Los Ángeles, no se encontraba de humor para aguantar sarcasmos ni llamadas interesadas. Al poco de haberse tumbado

de nuevo, James sintió cómo el sopor lo arrastraba a una especie de duermevela. Poco a poco, esta fue derivando en un inquietante sueño, en el que un hombre sin rostro le volaba la cabeza a la rubia del Paradise Club con la que había pasado la noche del asesinato, mientras de fondo retumbaba, irritante y siniestra, la socarrona risa de Dean Sinclair.

III

El análisis de Balística reveló que el disparo que había acabado con la vida de Rupert Dickinson, así como el que había destrozado la vitrina del mostrador de la tienda, habían sido realizados por una Ithaca 37 de calibre 12 con el cañón recortado. Aquel modelo de escopeta podía conseguirse en cualquier armería de la ciudad, incluida la del señor Dickinson. Los disparos alojados en el marco de la entrada de la tienda respondían, como cabía esperar, al Smith & Wesson del propietario.

Tal como había temido, los resultados del análisis de Balística no habían revelado ningún hilo prometedor del que tirar, así que James se dispuso a volver sobre el listado de pedidos de la armería. Tras intentar contactar de nuevo sin éxito con Andrew Johnson, decidió pasar al siguiente nombre de la lista. La antepenúltima línea de la página del cuaderno revelaba el pedido de un rifle Mannlicher-Carcano M91 a nombre de Lee H. Oswald. Junto al nombre, había anotada una dirección correspondiente a Dallas, Texas. James enarcó las cejas. Desconocía si aquel modelo de rifle podía adquirirse fácilmente en Dallas, pero, en cualquier caso, le sorprendía que una armería tan pequeña como la del señor Dickinson pudiese contar con clientes más allá del estado de California. James volvió a examinar el pedido. En esta ocasión, el comprador parecía no haber dejado ningún número de teléfono, o al menos este no había sido anotado en el cuaderno.

James se levantó de su escritorio para rellenar la taza de café. Se encontraba diez veces más despierto que la mañana anterior y

podía pensar con mayor claridad. No había ningún indicio que lo llevase a creer que aquel hombre pudiese estar relacionado con el asesinato, ni el tipo de arma adquirida ni ninguna relación aparente con la víctima, pero debía tratar de localizarlo como había hecho con los anteriores, por mucho que pudiera encontrarse a mil cuatrocientas millas de Los Ángeles. James descolgó el teléfono y le pidió a la operadora de la Central que le comunicase con el Departamento de Policía de Dallas. Unos instantes después, la voz de un hombre de mediana edad respondió al otro lado de la línea.

—Buenos días. Soy el detective James Debbler, del departamento de Homicidios de los Ángeles, número de placa 1994.

—Buenos días, detective, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Quisiera localizar a un hombre que ha realizado un pedido a una armería de Los Ángeles desde una dirección de Dallas.

—Dígame el nombre y la dirección.

—Lee H. Oswald, 400 North Ervay Street. Necesitaría saber si existe algún teléfono vinculado a dicha dirección y toda la información y antecedentes que puedan tener sobre el tal Oswald.

—Deme un momento.

—Por supuesto.

James esperó algunos minutos antes de oír de nuevo la voz al otro lado del auricular.

—La dirección pertenece a la oficina de correos de la calle Ervay, aquí en Dallas. En cuanto al nombre indicado, no he podido encontrar ningún registro en nuestros archivos.

—Entiendo... —James recurrió a su tono más amable para tratar de conseguir la máxima colaboración de sus colegas texanos—. Verá, estoy a cargo de la investigación del asesinato del dueño de una armería de Los Ángeles y estoy intentando localizar a sus clientes más recientes para comprobar sus coartadas. ¿Podrían averiguar si existe algún teléfono de Dallas asociado a Lee H. Oswald en el que pueda contactarlo?

Tras unos segundos de silencio, la voz respondió lacónica.

—De acuerdo, detective, vamos a intentar localizarlo y le contactaremos en cuanto tengamos algo.

—Muchísimas gracias.

—Buenos días.

James colgó el auricular y dio un largo sorbo de su taza. Oswald había dado la dirección de una oficina de correos para recoger su pedido, lo que podía significar que prefería no dejar constancia de su domicilio. De los tres encargos de la lista por los que había comenzado a investigar, aquel era sin duda el más interesante. ¿Por qué alguien en Dallas haría un pedido a una armería de Los Ángeles? ¿Por qué motivo no había dado su teléfono ni dirección particular? James echó un vistazo a los siguientes nombres de la lista: Wilbur McKinsey y Nancy Jones, ambos con el correspondiente número de teléfono anotado en el margen derecho de la hoja. Al igual que había visto en el caso del señor Brooks, en ambos pedidos, junto a sus nombres, podía leerse la frase: «Recoger en tienda».

Wilbur McKinsey resultó ser un librero aficionado a la caza que había comprado una Remington de calibre 12 para sus excursiones de fin de semana. Nancy Jones era una bailarina de *striptease* que, según le explicó a James, había decidido adquirir un revólver como medida de protección frente al acoso al que últimamente se veía sometida, a la salida del trabajo, por parte un tipo que solía frecuentar el club. La suave voz de la bailarina le evocó la risa de una de las chicas con las que solía pasar la noche en el Red Lips e, inmediatamente, sintió el impulso de llamarla. James recordó la incomodidad de las camas del club y pensó que, con un ligero aumento de su tarifa, quizá pudiera conseguir que la chica viniese a su apartamento aquella noche. Decidió llamarla para proponérselo, pero no desde el trabajo. En lo referente a sus vicios, también tenía sus limitaciones.

IV

—Tengo una corazonada, James, el tipo estaba metido en algo turbio. Deudas de juego probablemente. Y con gente poco recomendable. Si pudieses ayudarme a conseguir alguna prueba...

—Veré qué puedo hacer.

—Vamos, James, solo tienes que hacerte con su expediente para que pueda echarle un vistazo. Para ti es pan comido.

—No puedo hacer eso, Dean. Sabes que no puedo facilitarte ese tipo de documentación. Me echarían del departamento.

—No jodas, James. La Policía de los Ángeles es un puto nido de podredumbre. Todo el mundo lo sabe.

—Tampoco es para tanto —contestó James con una sonrisa irónica—. Ya no estamos en los cincuenta.

—Está corrupto hasta las trancas.

—Yo no.

James dio un sorbo a su taza y la posó con vehemencia sobre la mesa, mirando a su interlocutor a los ojos.

—Está bien, está bien. Pues échale un ojo en cuanto tengas tiempo y, si ves algo que respalde mi teoría, me lo cuentas. ¿Podrás hacer eso?

James asintió con la cabeza. Se encontraban sentados en una cafetería de una de las calles cercanas a la Central de Policía. Dean lo había llamado la tarde anterior para verse. Consciente de que lo había dejado con la palabra en la boca la noche antes y de que su negativa a encontrarse con él no haría más que incrementar la impaciencia del detective y, consecuentemente, su insistencia, había

accedido a verse con él a media mañana. Habían pedido tortitas con sirope de fresa y una jarra de café. En la televisión que colgaba de la pared frente a ellos, crepitaba la introducción de la serie *As the world turns*.

—¿Estás con algo últimamente? —preguntó Dean.

—Un asesinato en San Pedro.

—¿Algún detalle escabroso digno de mención?

James se encogió de hombros.

—Al tipo le volaron la cabeza en su armería de Beacon Street. Los atacantes no se llevaron ni un cartucho de munición.

Dean alzó una ceja mientras le daba un largo sorbo a su café.

—Tal vez se metiese con la gente equivocada.

En ese momento, la emisión de la serie se interrumpió abruptamente, dando paso al anuncio de un boletín informativo de la CBS.

—Avance informativo de Noticias CBS: en Dallas, Texas, tres disparos han alcanzado la comitiva del presidente Kennedy. Las primeras informaciones apuntan a que el presidente Kennedy ha sido gravemente herido. Están llegando más detalles.

Dean se volvió hacia el monitor mientras James detenía su mano sosteniendo, ligeramente inclinada, la jarra con la que se disponía a rellenar la taza de su amigo.

—Estos detalles indican, como acabamos de informar, que el presidente Kennedy ha sido tiroteado hoy a su paso por el centro de Dallas. La señora Kennedy se ha levantado de un salto y ha agarrado al señor Kennedy mientras gritaba: «¡Oh, no!». Acto seguido, la comitiva ha acelerado. United Press afirma que las heridas del presidente Kennedy podrían ser fatales. Repetimos, avance informativo de Noticias CBS: un presunto asesino ha disparado contra el presidente Kennedy en Dallas, Texas. Sigán atentos a Noticias CBS.

La lacónica entradilla dio paso a un anuncio de Nescafé. James y Dean se miraron entre sí, buscando en el rostro del otro la confirmación de que lo que acababan de escuchar no había sido producto de su imaginación.

El local se había quedado sumido en el más absoluto de los silencios. James miró a su alrededor y pudo ver cómo todos los clientes se habían quedado petrificados, sin poder apartar la vista del absurdo anuncio de café instantáneo. Las imágenes de carrilones y cucharillas balanceándose al son de la alegre sintonía mientras la grave voz anunciaba las bondades del café soluble acrecentaban la sensación de que se encontraban en una especie de sueño. La cadena anunció la vuelta de *As the world turns*, segundos antes de que volviese a aparecer en pantalla un nuevo anuncio de Noticias CBS.

—Boletín informativo de Noticias CBS: más detalles sobre el intento de asesinato contra el presidente Kennedy en Dallas, Texas. El presidente Kennedy ha sido disparado durante el trayecto desde el aeropuerto al centro de Dallas. El gobernador Connally de Texas, que viajaba con él, también ha sido alcanzado por las balas. Se informa de que se han escuchado tres disparos. Se ha podido oír a un agente del servicio secreto gritar desde el coche: «¡Está muerto!». Todavía no se ha aclarado si podía referirse al presidente Kennedy. El presidente, en brazos de su esposa la señora Kennedy, ha sido conducido a una ambulancia y trasladado al hospital Parkland, a las afueras de Dallas. El presidente ha ingresado en la sala de emergencias del hospital.

—Joder — balbuceó Dean.

—¡Algún maldito fanático del sur! —se oyó exclamar a alguien desde el otro lado del local.

Nada más finalizar la noticia, el primer plano de Don Hastings apareció en pantalla continuando con la interpretación de su personaje en *As the world turns*, como si nada hubiera ocurrido.

—Pero, ¿qué diablos...? —masculló James—. ¿Por qué siguen emitiendo este bodrio?

—¡Por el amor de Dios, acaban de disparar al presidente! —gritó Dean.

La emisión de la serie continuó durante apenas unos minutos antes de dar paso a un anuncio de comida para perros. Un nuevo avance informativo precedió a la aparición en pantalla de Walter Cronkite desde la redacción de Noticias CBS.

—Walter Cronkite, desde la redacción de Nueva York, informando en directo del atentado contra la vida del presidente Kennedy. Este ha sido herido durante el trayecto entre el aeropuerto y el centro de Dallas junto con el gobernador Connally. A continuación, han sido conducidos al hospital de Parkland, donde todavía se desconoce su estado.

Tras una breve conexión con el salón del hotel de Dallas donde habían organizado la comida de recepción para el presidente, el periodista siguió actualizando la información con nuevos detalles.

—La señora Kennedy, que se encontraba en el coche con el gobernador Johnson... perdón, Connally, y el presidente Kennedy, no está herida, pero reportan que se encuentra en estado de *shock*. Se le ha podido oír gritar: «¡Oh no!» mientras sonaban los disparos y el presidente se desplomaba sobre su regazo con, según nos informan, una herida de bala en la cabeza. Al parecer, el gobernador Connally habría sido alcanzado dos veces en el pecho. Todavía no tenemos detalles de sus heridas. Hace diez minutos, se ha producido un anuncio de la Casa Blanca informando de que el presidente aún se encontraba con vida. La gravedad de su lesión, así como si esta puede ser o no crítica, todavía no ha sido confirmada oficialmente por los doctores del hospital de Parkland. Respecto al asesino, su detención todavía no ha sido confirmada; sin embargo, informaciones previas apuntaban a la detención de un hombre por parte de la Policía y los Servicios Secretos. Estamos a la espera de más detalles.

—Voy a volver al Departamento —dijo James levantándose de pronto de la mesa—. Pagabas tú, ¿verdad? —y sin siquiera dar a Dean la oportunidad de responder, cogió su chaqueta y salió a toda prisa del local.

La sangre le palpitaba en las sienes mientras cruzaba a toda prisa la avenida entre el denso tráfico. Ni siquiera sabía por qué corría. No había nada que pudiese hacer en una situación así, pero habían disparado al presidente de los Estados Unidos y sentía que su deber como policía era estar en la Central. Los transeúntes de Los

Ángeles avanzaban por la calle inmersos en sus vidas, ajenos aún a lo que acababa de ocurrir. Todavía no terminaba de creerse que hubiesen atentado contra el presidente. Si, como había anunciado Cronkite, Kennedy había recibido un disparo en la cabeza, las posibilidades de que pudiese sobrevivir eran prácticamente nulas.

El Departamento de Homicidios se encontraba sumido en un ajetreo mayor del habitual. La gente corría de un lado a otro consternada, formando corrillos que se agrupaban en torno a las radios para seguir la última actualización del estado del presidente. Los teléfonos sonaban sin parar entre el incesante murmullo de voces, sin que nadie los atendiese. James recordó que, justo la mañana anterior, había telefoneado a la Policía de Dallas e imaginó cómo estarían allí en ese momento.

A sus oídos llegaron las voces del corrillo más cercano, donde pudo distinguir la silueta del sargento Taylor y el capitán Miller.

—¿Dónde demonios estaba el Servicio Secreto?

—Seguro que han sido los soviéticos.

—¿Los soviéticos? En Rusia están encantados con JFK. Me alegra que alguien haya decidido hacerle por fin un favor a la nación.

—Cierra el pico, Nick. Cierra la maldita boca.

—Lo he visto por televisión en una cafetería —intervino James—. ¿Se sabe algo más?

—Dicen que tienen al tipo.

—Dicen que tienen a *un* tipo.

—No me gustaría estar en el pellejo del jefe de Policía de Dallas ahora mismo —dijo el capitán Miller.

James volvió a recordar que estaba pendiente de una llamada de la Policía de Dallas. Con toda seguridad, esta no se produciría durante aquella tarde.

Tras unos minutos más de exiguas esperanzas, la fatal confirmación llegó a través de la radio: el presidente John Fitzgerald Kennedy había muerto.

